

Qué pedimos y qué podemos aportar los religiosos jóvenes a la OAR

Pensando qué podría compartirles como reflexión no pude menos que detenerme en los términos que sirven de enunciado de este momento. Se nos hace referencia a lo que pedimos y a lo que podemos aportar. Dos cosas que se ven claramente en la vida de un joven: *el joven pide, y a veces pide mucho; el joven aporta, y sin duda es capaz de aportar mucho.*

Ahora bien, no se trata de cualquier joven, se trata de un religioso joven y de una familia religiosa que está en proceso de revitalización-reestructuración: la Orden de Agustinos Recoletos. Todo esto nos lleva tratar de dar nombre a nuestras peticiones y a nuestras aportaciones pero reconociendo al mismo tiempo el “*desde dónde*”, el fondo identitario desde el cuál vamos a pedir y a aportar: *somos religiosos OAR*. Nuestra identidad es el tesoro que llevamos en vasijas de barro: el tesoro de la vida consagrada de muchos hombres que gastaron su vida por el Evangelio y lo hicieron con pasión como Agustín y los primeros recoletos.

Lo que pedimos

Sabemos por experiencia que religioso joven durante la formación inicial y durante los primeros años de vida consagrada es un joven exigente. Pide y a veces pide mucho. Entre sus reclamos más habituales a los religiosos mayores están los siguientes:

- Coherencia de vida (“no me exijas lo que no te exiges”)
- Respeto de los procesos (“quiero que se respeten mis tiempos”)
- Creatividad apostólica (romper con el “siempre se ha hecho así”)
- Dinamismo evangélico (que fulanito o menganito no se jubilen antes de tiempo)
- Alegría y optimismo (“nada de caras de funeral”; “nada de caras de vinagre”, para utilizar expresiones del Papa Francisco)
- Vida comunitaria cálida y humanizadora (“no debemos ser diocesanos viviendo juntos”)
- Diálogo y comunicación (“se nos tiene que tomar en cuenta”)
- Vida de oración auténtica, del corazón (“no me ajusto a las formas, pero quiero orar; la oración es la base”). José Luis Lacunza, obispo agustino-recoleta, ahora cardenal, decía en una entrevista para la revista *Vida Religiosa*: “El joven no se asusta de una vida de oración, pero sí de repetir rezos”¹.
- Vida austera y sencilla (“deberíamos ser más pobres, en algunas comunidades se vive lujosamente”)

Estas, y quizá muchas otras, son las peticiones que hacemos durante años a los religiosos que nos están formando o que simplemente viven con nosotros y llevan ya muchos de años de consagración. Puede que exista, como señalan algunos autores, una contraposición latente y quizá implícita entre una cultura juvenil fluida y frágil y una supuesta cultura adultocéntrica sólida².

¹ Mons. J. L. LACUNZA OAR, “*Abramos las estructuras...el joven no se asusta de orar, pero sí de repetir rezos*”, en *Vida Religiosa* 119 (101-106) 2015.

² “Ellos son los jóvenes de la cultura fluida y líquida, y nosotros, la mayoría, nos presentamos frente a ellos como estructura sólida. Pero sólida, ¿en qué sentido? No sólida en el sentido de que está arraigada profundamente en los valores evangélicos y en Jesucristo, la roca de nuestra vida, sino sólida como estructura institucional y sistema de vida, que no consigue adaptarse a la realidad contemporánea. Somos rígidos, poco elásticos, muy estandarizados en el «siempre se ha hecho así». Este sistema quema todos los entusiasmos (aunque sean en gran parte emotivos)

Con todo, creo que las peticiones que siempre ha hecho la juventud tienen su origen en lo más noble del corazón humano y se convergen con las demandas del propio Jesús al hombre de todos los tiempos. Eso me parece lo más valioso de nuestras peticiones, aunque puedan faltarle la experiencia de los años y otro tipo de lectura de la realidad del hombre que el mismo Jesús hace.

Lo que podemos aportar

Aquí podríamos mencionar todas las cosas que la gente entiende que el joven puede dar y aportar, es decir, lo que los otros entienden que nosotros podemos ofrecer, algo así como los que trabajamos pastoralmente con los jóvenes de las JAR esperamos de ellos. Por ejemplo, un religioso mayor a quien aprecio mucho, al preguntarle qué cree que podíamos aportar los religiosos jóvenes de la Orden, me dijo: “La inquietud. Sobre todo la inquietud por los nuevos métodos y formas de evangelización para recuperar a las masas que se están apartando del cristianismo”. Esto es un pedido ciertamente lógico y justo para estos tiempos, pero entiendo que lo que podemos aportar hoy no deberíamos esperar que se nos indique desde fuera. De otro modo, ¿los adultos son los más indicados para decir qué debemos aportar? ¿Nuestras aportaciones no deberían ser el resultado de un conocimiento consciente y maduro de lo que somos y podemos dar a la luz de la llamada que hemos recibido?

Lo que podemos aportar es sencillamente aquello que hemos pedido durante años y que tal vez pedimos hoy. Si tuviera que señalar lo que podemos aportar, señalaría las mismas cosas que coloqué como peticiones:

- **Coherencia de vida:** la humildad y la conversión constante son los elementos claves de una vida coherente. Sabernos jóvenes perdonados que a su vez saben pedir perdón al superior, al hermano de comunidad o al fiel laico con el que se trabaja pastoralmente. Para mí este es el quicio de la coherencia de vida.
- **Respeto de los procesos:** cultivar la actitud contemplativa de lo que Dios va haciendo en nuestro interior, en los hermanos de comunidad y en los laicos; sus procesos son sagrados igual que el mío.
- **Creatividad apostólica:** el primero en no caer en la trampa del “siempre se ha hecho así” soy yo; esto es posible si no nos aferramos a ideas o afectos, si tenemos capacidad de “dejar hacer a otros” e incluso me animaría a decir a “dejar que se equivoquen los otros” en los casos en que fueran decisiones discernidas en comunidad. Algunos psicólogos entienden el apego afectivo como una verdadera adicción. Apegarnos a ideas, esquemas, personas, ministerios puede disminuir nuestra creatividad y libertad apostólica.
- **Dinamismo evangélico:** a ningún joven le gusta ver un religioso jubilado antes de tiempo, pues bien, no escasean casos en la vida consagrada de religiosos jóvenes que no quieren trabajar ni esforzarse mucho, o bien, son muy selectivos a la hora de discernir con el superior el ministerio más apropiado para sí. El joven es, aunque sea simbólicamente, fuego que pide ser moderado y orientado por una finalidad pero no extinguido antes de tiempo. El joven que se extingue antes de tiempo sencillamente no

de nuestros jóvenes, y entonces se apagan y muchos abandonan” (B. M. ROGGIA, “Los votos religiosos en la perspectiva de una nueva cultura juvenil”, en *La formación hoy. Ayudar para acompañar a crecer*, Madrid, Paulinas, 2011, 128).

es joven (sólo lo será en las estadísticas que lo ubiquen como tal por criterios biológicos, jurídicos o sociológicos)

- **Alegría y optimismo:** a los jóvenes nos asusta una vida infeliz, triste y amargada, por eso reclamamos alegría, optimismo y esperanza. Sin embargo, la alegría profunda sólo puede brotar de un corazón apasionado por la vida, por el trabajo y que es capaz de amar. Debemos ser los primeros en no dejar que las dificultades del camino nos entristezcan de tal modo que nos hagan bajar los brazos. La alegría es un bien mesiánico, no depende del ánimo del momento o de la consideración que hagamos de nuestras virtudes y fracasos.
- **Vida comunitaria cálida y humanizadora:** durante la formación inicial nos da miedo pensar en abrazar nuestro carisma de forma definitiva y luego vivir como “apóstoles solitarios”, de hecho, bastan los primeros intentos de no vivir así y los primeros choques con la realidad para que el miedo se haga realidad. Nos acomodamos a una vida individualista y sin referencia a un proyecto común. Sin embargo el joven puede ofrecer mucho más para consolidar una vida comunitaria y más humanizadora. Otra vez vuelvo a citar a Mons. Lacunza, Obispo de David, cuando afirma que “estamos acostumbrados a pensar que la persona se realiza cuanto más se individualiza”, por el contrario, “el ser humano no ha sido creado para ser «isla» sino para ser «archipiélago», para vivir juntos”³.
- **Diálogo y comunicación:** en la formación inicial nos la pasamos pidiendo respeto a las propias opiniones y puntos de vista, reclamamos formas de comunicación y de toma de decisiones “democráticas”, pero al salir nos podemos volver “tiranos” con los hermanos y los laicos; no sabemos cómo recibir un “no” de un hermano o de un laico, no sabemos lidiar espiritualmente con los “noes”, no cuesta vivirlos desde la fe y por eso esquivamos los momentos de diálogo o sencillamente no los promovemos. Pero el joven, más sensible al sufrimiento humano y más atento a los resultados, puede resultar más abierto al diálogo sincero y a la toma de decisiones verdaderamente comunitarias.
- **Vida de oración auténtica, del corazón:** para nadie es un secreto que muchos pasan la formación “soportando” la vida comunitaria de oración, las formas de oración tradicionales les resultan un peso y más que promover un encuentro íntimo con Dios, lo impiden. Con todo, creo que se trabaja poco aún la actitud de orar desde el corazón, la *actitud de recolección* todavía está poco explotada en nuestra vida. A los jóvenes nos cuesta lidiar con las formas de oración tradicionales porque nuestra experiencia de Dios todavía está arraigada en momentos fuertes de intimidad con Él. Nos falta crecer en una relación de amor tejida de encuentros en la vida cotidiana, en el trabajo del día. Aun así el joven tiene las condiciones de llevar una vida buscando todo lo que más de cerca le encienda en el amor (cf. *Forma de Vivir*).

Religiosos OAR en tiempos de reestructuración

El “desde dónde” pedimos o aportamos es nuestra identidad cuya raíz es la profesión pública de los consejos evangélicos, núcleo esencial de la Vida Consagrada, y el carisma agustino-recoleta. Cada uno de nosotros ha pronunciado un “sí” a Dios aceptando la forma de vida específicamente consagrada y un carisma particular, el de Agustín y el de los primeros recoletos.

³ MONS. J. L. LACUNZA OAR, “Abramos las estructura...”, 104.

Sin embargo, el “desde dónde” está condicionado por una coyuntura muy especial que denominamos: *reestructuración-revitalización*. Dos palabras que evocan dos aspectos de un mismo movimiento de reforma institucional: se reforma –palabra de resonancia agustiniana- la vida y se reforman las estructuras. Se les pretende dar una nueva forma a la Orden que trasunte lo que somos de verdad y que permita desarrollar lo que discernimos que es nuestra misión en pleno siglo XXI.

Puede servirnos la imagen del escriba que saca de las reservas lo nuevo y lo viejo para intentar describir lo que está pretendiendo hacer la Orden en sus religiosos: “Todo escriba convertido en discípulo del Reino de los Cielos se parece a un dueño de casa que saca de sus reservas lo nuevo y lo viejo” (MT 13,52). Tal vez lo que no puede obviarse de este texto es el presupuesto de la actitud del escriba: es una creyente convertido en “discípulo del Reino”. Para el evangelista el escriba que es capaz de recoger lo nuevo y lo viejo -la novedad del mensaje y el tesoro de la tradición que lo acompaña- es aquél que ahora se encuentra inmerso en la dinámica del discipulado. No es cualquier escriba, sino el *escriba-discípulo del Reino* que Jesús de Nazaret anuncia con sus palabras y sus obras. Además, es aquél que actúa como “dueño de casa”, es decir, aquél que se siente con el deber y la responsabilidad de sacar lo nuevo y lo viejo de las reservas. El escriba-discípulo tiene *sentido de pertenencia*.

Los jóvenes debemos mirarnos con sinceridad y preguntarnos si en estos años de estudio y reflexión sobre reestructuración y revitalización nos hemos parecido al escriba-discípulo, o no. ¿Hemos procurado como “dueño de casa”, es decir, como quienes nos implicamos y sentimos parte –sentido de pertenencia- sacar lo nuevo y lo viejo de nosotros mismos y de nuestro carisma, o simplemente hemos querido dejar que otros sean los que hagan esa tarea de revisión y de *aggiornamento*? Es más, a esta altura podemos preguntarnos si nos sentimos verdaderamente discípulos del Reino para los nuevos desafíos que afronta la Iglesia o simplemente somos de los escribas que no entienden los signos de los tiempos –al mismo Cristo- y no asumen la responsabilidad del momento.

Esta imagen bíblica debería ser sugerente para nosotros. Nos llama a vivir en armonía, esto es armonía entre lo que viven los religiosos de nuestra Orden y nuestro propio proceso de maduración creyente. Este desafío de armonizar debería estar constantemente presente en nuestra vida y ministerio, le daría fecundidad.

Tres actitudes en esta coyuntura

1. Vivir el Evangelio *sine glossa*

El Papa Francisco nos ha invitado en muchas ocasiones a leer y vivir el Evangelio *sine glossa*, o de otra manera, nos advirtió del peligro de vivir según hermenéuticas que diluyen el mensaje contundente y profético de Jesús. “Queda claro que Jesucristo no nos quiere príncipes que miran despectivamente, sino hombres y mujeres de pueblo. Ésta no es la opinión de un Papa ni una opción pastoral entre otras posibles; son indicaciones de la Palabra de Dios tan claras, directas y contundentes que no necesitan interpretaciones que les quiten fuerza interpelante. Vivámoslas «*sine glossa*», sin comentarios. De ese modo, experimentaremos el gozo misionero de compartir la vida con el pueblo fiel a Dios tratando de encender el fuego en el corazón del mundo” (EG 271). Me da la impresión que el religioso joven es el primero en hacer un aporte en esta línea.

Cada religioso joven puede preguntarse: ¿cómo estoy leyendo el Evangelio? ¿Desde qué hermenéutica? Voy a servirme de una explicación del Cardenal Martini para profundizar en este punto.

El Cardenal Martini⁴, al hablar de la formación al servicio que Jesús lleva a cabo en el Evangelio de Lucas, dice que se puede diferenciar en dos aspectos. El Evangelio lucano se puede dividir en dos grandes secciones, de los capítulos 4 a 9 y de los capítulos 10 a 18. La primera parte es una formación para la compasión, humanizadora. En la primera sección hay 12 milagros de Jesús junto con parábolas y discursos. Jesús se muestra compasivo en sus gestos y actitudes y enseña a sus discípulos a sensibilizarse ante los sufrimientos del prójimo y actuar con compasión. En la segunda sección Jesús disminuyen los milagros y aumentan los discursos de Jesús, además Jesús se centra en sus discípulos, se dirige a ellos especialmente. Y ahora Jesús se refiere a las condiciones de su seguimiento. En la primera sección Jesús decía cosas fáciles de recibir, en cambio en la segunda sección usa expresiones y enseña cosas que no son fáciles de recibir, son incluso duras y evocan la realidad de una renuncia total:

“«Cualquiera que venga a mí y no me ame más que a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 26-27).

Este ejemplo nos sirve para preguntarnos si leemos todavía el Evangelio como si estuviéramos escuchando a Jesús por primera vez o en cómo lo escucharon entonces sus discípulos. Es más, me pregunto si la formación para la compasión y la humanidad ha sido suficiente como para aceptar la formación en las exigencias del seguimiento. Creo que no podemos, como jóvenes religiosos, dejar de leer el Evangelio con los oídos de los primeros discípulos, aunque esto a veces nos llene de estupor. Será la mejor garantía de que seguimos a Jesús y no un espejismo del mismo.

2. Volver a la raíz donde está el amor

Quisiera cerrar esta reflexión con una imagen agustiniana. Nuestro Padre Agustín enseña que el discernimiento cristiano consiste en saber desde dónde hacemos lo que hacemos, y en definitiva, desde dónde somos lo que somos. Para Agustín el cristiano tiene que retornar al interior –espíritu y conciencia- para intentar descubrir si en la raíz de su obrar está el amor. Y cuando digo el amor, se trata del amor de raigambre cristológica, no el amor mentiroso de las novelas de televisión ni el de películas románticas.

Pienso que los jóvenes podríamos ponernos como consigna, especialmente durante el Año de la Misericordia y en este proceso de revitalización, volver a la raíz: el amor. Recordemos algunos puntos de la doctrina agustiniana sobre el amor y sus consecuencias para la antropología y la espiritualidad:

- a) **Antropología del amor:** Agustín está convencido de que *cada uno es lo que es su amor*. El hombre para saber quién es, debe conocer qué es lo que ama. “Cada cual es según es su amor. ¿Amas la tierra? Eres tierra. ¿Amas a Dios? ¿Qué puedo decir?

⁴ Cf. C. M. MARTINI, *Chiamò quelli che Egli volle*, San Paolo, 2015, 70-71.

¿Qué serás Dios? No me atrevo a decirlo por mi propia autoridad. Escuchemos las Escrituras: *Yo dije: dioses sois e hijos del Altísimo todos*⁵.

- b) **Espiritualidad como discernimiento del amor:** el amor, especialmente el *amor fraterno*, es para Agustín *magnum indicium, magna discretio*. Es el criterio de discernimiento por antonomasia. Incluso por este principio podemos llegar a reconocer nuestro grado de pertenencia a Dios o al Maligno. Por tanto, no serán las palabras, ni los ritos, ni las obras vacías las que determinarán nuestra pertenencia al Señor, si no nuestro amor efectivo por el hermano. “Sólo el amor discierne entre los hijos de Dios y los hijos del diablo. Aunque todos se signen con la señal de la cruz, aunque todos respondan «amén», aunque todos canten el «aleluya», aunque todos se bauticen, entren en las iglesias y levanten las paredes de las basílicas: los hijos de Dios y los hijos del diablo sólo se disciernen mediante la caridad. Los que poseen la caridad, han nacido de Dios; quienes no la poseen, no. Gran indicador, gran principio de discernimiento. Ten todo lo que quieras; aunque sólo te falte la caridad, de nada te sirve; aunque no tengas lo demás, ten la caridad y has cumplido la ley”⁶. Agustín nos invita a ser agudos observadores de nuestros actos y de nuestras intenciones. Estas últimas son las que determinan nuestra calidad de amor por Dios y, en definitiva, por nuestros hermanos. En el orden de los afectos y de las intenciones tendrá el cristiano que discernir la entrega de su vida a Dios. El amor es clave para saber si una acción es conforme a nuestro deseo de corresponder al amor más grande. Por eso exclama san Agustín: “¡Tanto vale la caridad! Ved que ella sola discierne, ella sola distingue las acciones de los hombres; (*Tantum valet caritas. Videte quia sola discernit, videte quia facta hominum sola distinguit*)”⁷.
- c) **La cristología como medida del amor:** el amor para san Agustín comienza con la caridad para con quien más sufre, ese es el primer grado del amor; la perfección del amor será el dar la vida por ellos⁸. Agustín recuerda la raigambre cristológica del primer grado del amor y nos invita, a su vez, a descubrir uno de los elementos claves del pensamiento social de la patrística, el de dar a los pobres de lo superfluo. “Tienes depositado en un lugar oculto el dinero que los ladrones pueden quitarte. Y, si no te lo quitan los ladrones, lo tendrás que abandonar a la hora de la muerte, aún en el caso de que en vida no te abandone a ti. ¿Qué has de hacer entonces con él? Siente hambre tu hermano, se halla necesitado; quizá ni respira, apremiado por un acreedor; él no tiene, pero tú sí. Es tu hermano, habéis sido rescatados a la vez, el precio pagado por ambos es el mismo, uno y otro habéis sido rescatados por la sangre de Cristo”⁹. El pobre y el rico han sido rescatados al precio de la sangre de Cristo; o, para que nos incumba más, mi hermano necesitado y yo hemos sido rescatados por el mismo amor y la misma sangre. *La cristología nos conduce a recuperar la fraternidad que la mundanidad nos hace olvidar*. Por otra parte, el pensamiento social de san Agustín nos debería llevar a

⁵ SAN AGUSTÍN, *In. Ep. Tr. II*, 14.

⁶ *Ibid.*, V, 7.

⁷ *Ibid.*

⁸ Cf. *Ibid.*, V, 7.

⁹ *Ibid.* V, 12.

preguntar cómo estamos viviendo nuestra relación con los bienes materiales, ¿es una relación que nos hace libres para Dios o esclavos para nuevos ídolos? ¿Es una relación que favorece el desprendimiento afectivo y espiritual o que genera dependencias insanas? ¿Es una relación que me hace más sencillo y austero y, por tanto, signo de la ofrenda libre de Jesús al Padre o, por el contrario, no me hace significar en absoluto que soy un hermano pobre ofrendado a Dios?

- d) **Ética del amor:** nuestra orientación ética –irrenunciable para los consagrados y para todos los que abrazamos el mensaje de Jesús- no demanda un constante regreso a la raíz de las obras. Y si allí está el amor, el recibido de Cristo, entonces no hay por qué temer, estaremos sirviendo a Dios sin lugar a dudas. *“Ama y haz lo que quieras: si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Exista dentro de ti la raíz de la caridad; de dicha raíz no puede brotar sino el bien”*¹⁰. De todos modos, no sé si asumimos este punto de la doctrina de San Agustín. No sé si estamos acostumbrados a discernir y indagar sobre el estado de nuestra vocación, o de otra manera, no sé si “nos tomamos el pulso” a partir de estas claras orientaciones agustinianas.

3. Adoración: contemplar de rodillas

El último punto lo tomo de lo que he vivido en estos días. El Papa nos invitaba a recuperar la adoración para evitar que el narcisismo sea quien mande en nuestra vida. Y tiene toda la razón porque si hay algo que frena la revitalización es el complejo de Narciso.

Además, al vernos arrodillados ante los restos de Santa Rita también pensé en el mismo pedido del Papa. Y creo que la imagen de nosotros de rodillas en oración nos tiene que servir como símbolo de lo que nos espera.

Revitalizarse puede ser ponerse de rodillas en primer lugar ante Dios. Ese Dios que está siempre con nosotros en el camino de la vida, como reza una Plegaria Eucarística. Y aunque muchas veces no entienda su presencia, me pondré de rodillas esperando como discípulo escuchar una nueva palabra del Maestro, con la confianza de que Él hablará como Pastor de mi alma que me conduce y me infunde confianza (cf. Sal 22).

Revitalizarse es ponerse de rodillas ante la vida, especialmente antes las personas, especialmente el pueblo de Dios, pueblo siempre sencillo y sabio. El Pueblo de Dios me educará si lo contemplo tal como es; de llenará de su sabiduría si me pongo de rodillas.

Revitalizarse es colocarse en actitud contemplativa ante el misterio que soy, creatura hecha para el amor. El Señor me ama con amor eterno y esto llena de convicción y coraje, me da alegría y me permite avanzar en su seguimiento. Revitalizarse entonces no será más que el resultado de lo que estoy llamado a ser. Revitalizarse por tanto es vocación.

Fr. Bruno N. D'Andrea OAR

¹⁰ *Ibid.*, VII, 8.